

En la segunda semana, el primer paso es el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, y de obedecer á su llamamiento y á sus inspiraciones. Y la razon de esto se saca de la misma semejanza del que ha errado un camino. Porque así como éste despues de haberse detenido para no llevar adelante su error, antes de empezar á caminar lo primero que hace, es determinar y escoger el camino por donde ha de llegar al término que pretende; y si el tal camino es dificultoso, y se atraviesan por él sendas diferentes, ó tiene otros pasos en que poder errar, busca guia que le vaya enderezando y guiando para no rodear ó perderse; eso mismo debe hacer en primer lugar el que trata de aprovecharse y andar adelante en el camino de las virtudes; porque lo primero ha de determinar el camino, y lo segundo ha de buscar guia que le lleve por él. El camino no hay otro sino Jesucristo nuestro Señor, el cual dijo de sí mismo ¹: Yo soy el camino, ninguno viene á mi Padre sino por mí. Y en otra parte ²: Yo soy la puerta, si alguno entrare por mí será salvo. Y todo el Evangelio y epístolas canónicas están llenas de este sentimiento, que todo nuestro bien y aprovechamiento consiste en la imitacion de Jesucristo Señor nuestro, y en hacernos semejantes á él. Mas porque en la Iglesia hay muchos y varios estados, muchos y varios caminos, diferentes ejercicios, diversísimas virtudes y varios modos de ejercitarlas; y Cristo Señor nuestro es dechado generalmente de todas, y ejemplar de toda aquella variedad de que está vestida y hermoseedada la santa Iglesia; ésta es la causa porque hay necesidad de guia para andar este camino, y para saber cada uno la parte que le toca de él. Y esta guia no es

¹ Joann. XIV, 6.—² Ibid. X, 9.

otra, que el llamamiento secreto de Cristo nuestro Señor, que como buen pastor va delante y nos endereza por las sendas de la justicia, como está escrito en el Salmo ¹: *Deducit me super semitas justitiæ, propter nomen suum*: Que por sólo ser quien es nos encamina y lleva como de la mano por el camino de la virtud. Esta guia es el Espíritu santo, que con su secreta inspiracion nos mueve y enseña, y con su soplo nos inspira hasta tomar puerto en la tierra deseada, como está escrito ²: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam*. Pues luego el primer paso de la via iluminativa, es el propósito de imitar á Cristo nuestro Señor, y de seguir su llamamiento é inspiracion, como se propone en el principio y fundamento de la segunda semana. Resta que declaremos cómo este principio ayuda á vencer la dificultad que nace de la muchedumbre y variedad de las virtudes, lo cual veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

QUE CON EL EJERCICIO SOBREDICHO SE VENDE LA PRIMERA DIFICULTAD DE LA MUCHEDUMBRE DE LAS VIRTUDES.

CON este propósito que hemos dicho, se quita la primera dificultad de los proficientes, que nacia de la muchedumbre y diversidad de las virtudes. Las cuales si

¹ Psalm. XXII, 3.—² Psalm. CXLII, 10.

para tenerlas fuere menester conocerlas, y para ejercitarlas penetrar la naturaleza de cada una de ellas y en qué se diferencia de las demás, qué actos tiene propios suyos y los vicios que le son contrarios; si fuera menester entender estas cosas y atender á ellas, para muchos y aun para todos fuera, no solamente dificultoso, sino casi imposible el ejercicio de las virtudes. Pero la verdad es, que el entender estas cosas, si bien hace á los hombres sabios y filósofos, pero tambien les suele hacer soberbios é hinchados más que virtuosos. Y lo que tiene fuerza para engendrar en el alma todas las virtudes y conseguir la perfeccion de ellas, es la virtud de la divina gracia, y la secreta inspiracion del espíritu de Jesucristo, y la imitacion de su vida y de su cruz. Digamos primero cómo la divina gracia, y la obediencia y cumplimiento de sus inspiraciones obra secretamente en el alma todas las virtudes, sin saber sus nombres, ni menos sus naturalezas ni definiciones; y luego veremos cómo ayuda para lo mismo la imitacion de Cristo nuestro Señor.

Cuanto á lo primero, con razon se rie san Agustin de muchos filósofos que tenian puesta la fuerza de vivir bien en solas palabras, escribian libros muy curiosos y sutiles de la naturaleza y propiedades de las virtudes y los vicios, dividiendo, disputando, discurriendo y racionando, y concluyendo con grande agudeza, llenando los libros y ostentando vanamente su sabiduría, los cuales estaban tan pagados y satisfechos de sí mismos, que se atrevian á decir á los otros hombres: seguidnos á nosotros, oid nuestra doctrina, y tened nuestra secta si quereis vivir bien. Pero la experiencia mostraba cuán lejos estaba la buena vida de esta vana sabiduría, y que no hay otra puerta para bien vivir, sino Jesucristo y su

gracia, en la cual como en semilla, están encerradas todas las virtudes. Y esta comparacion de la semilla declara muy bien lo que vamos diciendo. Porque así como en un granito de semilla están encerrados en virtud la hoja y la flor y el fruto, aunque no se ve nada de esto con los ojos; pero sepultado aquel grano de semilla en las entrañas de la tierra, y abrigado con su calor y sustentado con su jugo y humedad, viene á declarar y á producir y brotar todas estas cosas, y esto con su virtud natural, sin que sea necesario que el que sembró aquella semilla entienda cómo esto se hace, ni atienda á ello; esto mismo sucede en las obras de la gracia; la cual es una divina semilla, que plantada en el alma, y escondida y abrigada en nuestro corazón, va dando su fruto á su tiempo; conviene á saber el ejercicio de todas las virtudes, cuando lo pide el tiempo y la ocasion; y lo que más es, se halla el alma enriquecida y llena de estas virtudes, sin que sepa cómo ni cuándo, ni con qué actos las ha grangeado. Y en esto puso la fuerza Cristo nuestro Señor en una parábola por san Marcos, cuando dijo ¹: «Así es el reino de Dios, como si un hombre arrojase en la tierra alguna semilla, y luego se va y la deja, y duerme de noche, y se levanta de dia, y la semilla brota y crece sin que el hombre sepa ni lo eche de ver; porque la tierra de suyo, por virtud de la semilla que recibió, produjo la yerba, (que es cuando decimos que está el pan en berza), despues la espiga, y finalmente el trigo ya lleno y bien granado.» ¿Qué es esto, sino decir que la divina inspiracion plantada en el corazón va produciendo todas las virtudes deste sus principios, cuando están imperfectas, hasta que son fruto sazonado y llegan

¹ Marc. IV, 26 et seqq.

al colmo de su perfeccion; y esto sin que el hombre ponga otro estudio ni otra atencion más que obedecer al divino llamamiento y cooperar con su inspiracion?

Y si es maravillosa la naturaleza en la formacion de las yerbas y de las plantas, no lo es menos en la formacion de los animales, y en particular del hombre con todos sus miembros y sentidos; ni nos declara menos el modo con que se van criando todas las virtudes, tantas y tan diferentes, en un corazon que es obediente á la gracia y á la divina inspiracion. Aquella santa mujer madre de los mártires Macabeos, exhortándolos á dar su vida y ofrecer los cuerpos á los tormentos, les decia ¹: Yo no sé como os aparecísteis vosotros dentro de mis entrañas, porque yo no os dí el espíritu y vida que teneis, ni pudiera, ni supiera formar y concertar vuestros miembros, y poner cada uno de ellos en su lugar. Y es así, que fuera imposible formarse el cuerpo de un niño en las entrañas de su madre, si esto se hubiera de hacer con arte, y con conocimiento de tanta muchedumbre y variedad de miembros, y del puesto y oficio y disposicion que ha menester cada uno de ellos. Pues vemos que los pintores, si son grandes artifices, apenas alcanzan á dibujar la figura exterior del cuerpo; pero lo secreto y lo interior de él los médicos, si son grandes letrados, apenas saben conocerlo, cuanto menos componerlo y formarlo. Pero esta es obra de la suma sabiduría y virtud del Criador, que forma dentro de las entrañas de una mujer, sin que ella lo entienda, y sin tener dechado y ejemplar de que aprender, lo que sirve despues de ejemplar para los pintores, y de libro en que los médicos y los filósofos estudien y aprendan. Esto mismo

¹ II Mach. VII, 22.

sucede en las obras de gracia, por virtud de la cual se forma todo el hombre interior á semejanza de la imágen de Jesucristo, con todos sus miembros y sentidos, esto es, con todas las virtudes que le componen y hermosean; lo cual se halla muchas veces en personas tan ignorantes y sencillas, que no saben los nombres de las mismas virtudes que poseen, siendo como son virtudes tan perfectas, que de ellas aprenden los teólogos lo que escriben despues en sus libros. Esta es verdad constante y general, que la naturaleza obra con más facilidad y con más perfeccion que el arte; y con mayor facilidad y perfeccion obra la gracia lo que no puede acabar el discurso, el ingenio, ni las fuerzas naturales. Bien dijo san Agustin ¹ en otro propósito, que si alguno quisiese dar á otro reglas para saber andar, y le advirtiese que no ha de levantar el postrer pié hasta haber asentado el primero y despues muy por menudo le fuese enseñando cómo ha de doblar las coyunturas y gobernar las demás partes del movimiento, este tal dirá la verdad, y no se puede andar de otra manera; pero más fácilmente los hombres andan haciendo, que no lo echan de ver cuando lo hacen, ó lo entienden cuando lo oyen. Y lo mismo sucede en los hombres humildes y sujetos al espíritu de la gracia, que más fácilmente ejercitan en las ocasiones todas las virtudes, que no las entienden cuando se las declaran; y siendo rudos para entenderlas y para saber sus nombres y naturalezas, están hábiles y dispuestos para ejercitarlas. Porque para andar como anduvo Jesucristo ¿qué otra cosa es menester más que tener el espíritu de Jesucristo? y así lo dijo el Discípulo amado ²: *Qui dicit se in ipso manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse*

¹ Aug. lib. 2 de doctrina christiana, c. 37.—² I Joann. II, 6.

ambulare: el que dice que está en él, debe andar como anduvo él; y aquel se dice que está en Jesucristo, y es miembro suyo, que tiene su espíritu, como dijo el Apóstol ¹: *Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus*: no es de Jesucristo el que no tiene su espíritu. Pues así como el que tiene alma y sér de hombre, naturalmente anda como hombre, y lo demás sería cosa monstruosa, y para andar como hombre no es menester otro estudio más que ser hombre; así también para andar como Jesucristo, no es menester otro estudio, más que tener el espíritu de Jesucristo, que quien vive con espíritu, con espíritu anda; la cual consecuencia hizo el Apóstol cuando dijo ²: *Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus*.

De lo dicho consta, cómo el espíritu de la gracia y de la divina inspiración obra secretamente en el alma toda la variedad de virtudes con que ella se hermosea y enriquece. Pero como la gracia pide que nosotros ayudados de ella, obremos juntamente con ella; y como los actos con que se crían y crecen las virtudes, son libres, y con conocimiento y advertencia de lo que se hace; así es de grande ayuda tener delante algún dechado, á cuya imitación salgan nuestras obras y nuestras virtudes más perfectas. Séneca filósofo gentil daba este consejo á los que tratan de mejorar su vida y sus costumbres. Escoge, dice ³, alguno cuya vida y conversación más te agrade, y tráele siempre delante de tus ojos, ó como guarda y testigo, ó como dechado y ejemplo. Lo que quiero decir es, que es de suma importancia ponerse delante alguno, para cuya imitación sea necesario animarse y despertar nuestro cuidado y adelantar nuestras costumbres. Si no es con alguna regla, no podrás corregir

¹ Rom. VIII, 9. — ² Gal. V, 25. — ³ Epist. 11.

lo que está torcido. De este consejo se aprovechaba san Antonio de quien escribe Casiano, que cuando estaba en el monasterio notaba con cuidado la virtud en que cada religioso se aventajaba, y le tomaba por dechado para imitarle en aquella virtud. Y así de uno aprendía la modestia, de otro la templanza; en uno imitaba la mansedumbre, en otro la humildad; de uno tomaba el fervor de la oración, de otro el estudio de las sagradas letras. De esta manera haciéndose discípulo de todos, recogía dentro de sí las virtudes que estaban repartidas entre todos. Y aunque es así, que esta imitación de los santos es de grande utilidad y provecho; pero sobre todo lo es la imitación de Cristo nuestro Señor, con cuya imagen quiso el Padre eterno que se conformasen todo los que habían de ser salvos ¹. Este ejemplo hace grandes ventajas á los ejemplos de los demás santos, porque es ejemplo generalmente de todas las virtudes; y generalmente de todos los estados, y de ilustrísimas y perfectísimas virtudes; y porque los ejemplos de los demás santos en tanto se deben imitar, en cuanto ellos sacaron de este dechado de Cristo nuestro Señor, como lo confesó de sí el Apóstol, cuando dijo ²: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo.»

El traer delante este dechado para imitarle y conformarse con él, es también un grande socorro para vencer la dificultad que nace de la muchedumbre y diversidad de las virtudes, y el recoger toda nuestra atención á imitar y trasladar en nosotros los ejemplos que nos dió Cristo nuestro Señor en varias ocasiones que se le ofrecieron en el discurso de su vida, que con sólo esto vendremos á conseguir la perfección en todo género de

¹ Rom. VIII, 29. — ² I Cor. XI, 1.

virtudes. Porque así como suele acaecer que algun grande artifice saque su dibujo de labores de mucho primor, y de grandes proporciones y correspondencias, y un discípulo rudo guiándose por él, saca las mismas correspondencias y proporciones sin entenderlas ni saber en qué consiste, solamente atendiendo á imitar el ejemplar de su maestro; así habemos de entender que las acciones de Jesucristo iban todas regladas con suma sabiduría con lo más perfecto de las virtudes; y nosotros, aunque discípulos rudos y que no alcanzamos en qué consiste el primor y perfeccion de cada virtud, las vendremos á poseer todas perfectamente, mirando con atencion y conformándonos con este dechado que nos ha propuesto Dios para que le imitemos. Sea pues el primer paso de los que andan esta jornada, el propósito de imitar cuán de cerca pudieren á Cristo nuestro Señor obedeciendo á sus inspiraciones y llamamientos, para que meditando siempre en los gloriosos ejemplos de su vida, se vayan mudando y transformando en su imagen, de claridad en claridad, esto es, con aumento de nuevas luces y resplandores, y con posesion perfecta de todas las virtudes.

CAPÍTULO IX.

QUE LA VIA ILUMINATIVA NO ES OTRA COSA QUE EL CAMINO DE LA PACIENCIA Y DE LA IMITACION DE LA CRUZ.

ANTES de pasar adelante á declarar los demás pasos de esta jornada, conviene presuponer que esta que llamamos via iluminativa, no es otra cosa sino camino de paciencia, ejercicio de padecer, imitacion de Jesucristo crucificado, y el camino real de la santa cruz. Lo cual si entendieran algunos como ello es, no se deslumbraran tanto con estos nombres de via iluminativa, que teniéndose y llamándose alumbrados, han venido á quedar del todo ciegos. Porque esto que llaman luz lo han querido para resplandecer en los ojos de los hombres, y lo que llaman consolacion lo han convertido en regalo y sensualidad, y así presumiendo de espirituales, en la verdad no son sino desvanecidos y sensuales, ambiciosos y carnales. Sea pues principio cierto, que el que hubiere de andar por este camino ha de ser enemigo de la honra, y del regalo, y ambicioso de injurias y desprecios, y codicioso de la santa pobreza, y ha de criar las flores de las virtudes entre estas espinas, y el fruto de la santidad perfecta le ha de coger por medio de la paciencia. Por este camino nos aconseja el Apóstol, no sólo que andemos, sino tambien que corramos. Corramos, dice ¹, por la paciencia en esta lucha y pelea, que

¹ Hebr. XII, 1.

nos pone delante la fe, como si dijera, nos representa batalla contra todas las adversidades que se pueden ofrecer en este mundo, y nos promete la corona en el cielo; la fe nos enseña que el reino de los cielos padece fuerza, y que los valerosos y esforzados son los que le conquistan y arrebatan. Esta fe nos propone, que en esta vida hemos de pelear con la pobreza, con la deshonra, con los dolores, con las contradicciones y persecuciones de los hombres, y contra nosotros mismos, esto es, contra nuestro amor sensual y mundano; y despues de esta vida nos promete la riqueza, la honra y el descanso y la bienaventuranza en el cuerpo y en el alma. Corramos, pues, con aliento esta carrera y peleemos con esfuerço esta batalla, y no desfallezcamos en esta lid; lo cual haremos no peleando, sino sufriendo; no con armas, sino con paciencia, poniendo los ojos en aquel Señor, que es el primer autor y predicador de esta fe, y el primero que hizo en sí la prueba, y consumó felizmente esta carrera; el cual pudiendo tener descanso se abrazó con la cruz, teniendo en poco la deshonra y el desprecio; y ahora está sentado y glorioso á la diestra de su Padre. Toda esta sentencia es de san Pablo¹, que con tanta fuerza de razones y de palabras nos declara cuál sea este camino que llamamos camino de la luz, que no es otro sino el camino de la cruz y de la paciencia.

Esta misma doctrina prosigue muy á la larga aquel santo que escribió el libro de *Contemptus mundi*, en el capítulo último del segundo libro, que es del camino real de la santa cruz. Y entre otras cosas dice así: «La señal de la cruz estará en el cielo, cuando nuestro Señor

¹ Hebr. XII, 2.

vendrá á juzgar; entonces todos los siervos de la cruz que se conformaron en la vida con Jesucristo crucificado, se allegarán á él con gran confianza. Pues que así es, ¿por qué tememos tomar la cruz, por la cual van al reino? En la cruz está la salud y la vida. En la cruz está la defensa de los enemigos. En la cruz está la infusion de la suavidad soberana. En la cruz está la fortaleza del corazon. En la cruz está el gozo del espíritu. En la cruz está la suma virtud. En la cruz está la perfeccion de la santidad. No está la salud del ánima ni la esperanza de la vida eterna sino en la cruz. Mira que todo consiste en la cruz, todo está en morir en ella. Y no hay otra via para la vida, y para la verdadera y entrañable paz, sino la via de la santa cruz y continua mortificacion. Vé donde quisieres, que no hallarás más alto camino en lo alto, ni más seguro en lo bajo. Nuestro Señor Jesucristo por cierto en cuanto vivió en este mundo, no estuvo una hora sin dolor de pasion; porque convenia que Cristo padeciese y resucitase de los muertos, y así entrar en su gloria. Pues ¿cómo buscas tú otro camino, sino este camino real de la santa cruz? Aparéjate pues como bueno y fiel siervo de Cristo á llevar con esfuerzo la cruz de tu Señor crucificado por tu amor. Aparéjate á sufrir muchas adversidades y diversos daños en esta miserable vida; y así será contigo Jesus donde quiera que fueres; y de verdad que halles á Jesus donde quiera que te escondieres. Encomienda á Dios las consolaciones, y haga su divina Majestad lo que más le pluguiere; y tú dispon tu voluntad á sufrir las tribulaciones y estimarlas por grandes consolaciones. Y aunque fueses arrebatado y llevado hasta el tercer cielo con san Pablo, no estarás ya por eso seguro de no sufrir alguna contradiccion. Que nuestro Señor dijo hablando del mismo san Pa-

blo ¹: *Yo le mostraré cuántas cosas le convendrá padecer por mi nombre.* Pues luego el padecer se queda, si quieres amar á Jesus y servirle para siempre. Que cierto no está nuestro merecimiento, ni la perfeccion de nuestro estado en muchas consolaciones y suavidades, mas en sufrir grandes pesadumbres y tribulaciones. Porque si alguna cosa fuere mejor y más útil para la salud de los hombres, que sufrir adversidades, por cierto Cristo nuestro Señor la hubiera enseñado por palabra y ejemplo: mas él manifestamente amonesta á sus discípulos y á todos los que desean seguirle, que lleven la cruz, y dice ²: *Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz, y sígame.* Así que leídas y bien escudriñadas todas las cosas, sea esta la postrera conclusion ³: Que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios.»

Con este mismo espíritu nos enseñó nuestro santo Padre este camino, cuando dijo ⁴: *Es mucho de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles, cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; como los mundanos que siguen al mundo andan buscando con tanta diligencia honores, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu, y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario, es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor, por su divino amor y reverencia, tanto, que donde á la su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni*

¹ Act. X, 16.—² Matth. XVI, 24.—³ Act. XIV, 21.—⁴ Exam. c. 4, § 44.

al prójimo imputado á pecado, deseen pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasion alguna de ello) por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea, pues la vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo que en todas cosas á nosotros posibles, mediante su divina gracia le queramos imitar y seguir, como sea la via que lleva á los hombres á la vida. Que todas éstas son palabras de nuestro santo Padre en el capítulo cuarto del exámen, las cuales nos manda ponderar y encarecer delante de nuestro Criador Señor; y es como la sustancia y como una quinta esencia de todo lo que se contiene en esta segunda semana, y un excelente comentario de los ejercicios que hay en ella; de los cuales en gran parte están sacadas las palabras que hemos referido. Declárase tambien en ellas el intento de esta segunda semana y de la via iluminativa, y el fruto que se ha de sacar de ella, que no es otro sino conformarse, cuanto nos fuere posible, con Jesucristo crucificado.

Y de aquí es, que los cinco dictámenes ó propósitos que vamos declarando de esta segunda jornada y estado de los proficientes, son otros cinco pasos con que más nos vamos acercando á la semejanza y participacion de la cruz. Porque el primero es en general la determinacion de imitar á Jesucristo y obedecer á su llamamiento. El segundo, esta imitacion de Jesucristo la determina á la imitacion de su cruz, cuanto al afecto, quitando el amor de la hacienda y de la mundana, y poniéndole en la pobreza y deshonoras de Jesucristo. El tercero pasa más adelante, á querer imitar esta cruz, cuanto al efecto, en la pobreza actual, y en las deshonoras efectivamente padecidas. Y porque al que así padece no le queda

otro alivio sino el de las consolaciones espirituales, el cuarto se adelanta más, á querer andar por este camino de la cruz, ora sea con muchas visitaciones espirituales, ora sin ellas, á imitacion de aquel Señor, que estando padeciendo en la cruz nos significó la falta de consuelo que tenia en la parte inferior de su alma, cuando dijo ¹: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Y este Señor que así padecía estaba clavado en su cruz con clavos, y mucho más con su amor, sin querer bajar de ella, aunque sus enemigos se lo pedian y le ofrecian el creer en él. Y á imitacion de esto, el quinto grado es afirmarnos en nuestras determinaciones, clavándonos con la fuerza de nuestro propósito en nuestra cruz, sin volver jamás atrás, antes andando siempre adelante en la via del divino servicio.

Con estos cinco propósitos se deshacen otras tantas dificultades que se ofrecen en este camino. La primera, es la muchedumbre y variedad de virtudes que son necesarias para la perfeccion; las cuales todas se poseen sin otro estudio y trabajo, más que de mirar en el dechado de Cristo nuestro Señor, y sacar de él conforme á la inspiracion de la divina gracia, como hemos declarado en los capítulos pasados. La segunda, es saber distinguir entre las virtudes sólidas y verdaderas, y las que son aparentes y fingidas, para lo cual ayuda el segundo propósito de la pobreza y humildad espiritual, como veremos en los capítulos siguientes.

¹ Matth. XXVII, 46.

CAPÍTULO X.

DEL SEGUNDO GRADO DE LA VIA ILUMINATIVA, QUE ES LA POBREZA DE ESPÍRITU Y HUMILDAD DE CORAZON.

DE dos maneras podemos ejercitar é imitar la pobreza y humildad de Jesucristo nuestro Señor. La primera es, con sólo el afecto teniendo el corazon libre del amor desordenado de las riquezas y de las honras de este mundo, y antes aficionado á todo lo contrario. La segunda, tambien con el efecto experimentando la falta de las cosas temporales, y los desprecios y deshonras del mundo, como las experimentó el Salvador y sus apóstoles; á los cuales dijo ¹: «Acordaos de lo que muchas veces os he dicho, que el siervo no ha de querer ser más que su Señor, ni el discípulo más que su maestro, ni el apóstol mayor que el que le envia. Si me han perseguido á mí, tambien os perseguirán á vosotros, y si al Padre de familias han deshonrado y llamado Belzebú, ¿cuánto más deshonrarán á sus domésticos y criados?» Así que muchas veces dispone Cristo nuestro Señor las cosas de manera, que su pobreza y sus deshonras, y finalmente su cruz, no solamente la abracemos con el afecto sino tambien con el efecto: aquello primero pertenece al segundo grado de los proficientes, y esto segundo al tercero de que hablaremos despues.

¹ Matth. X, 24, 25; Luc. VI, 40; Joann. XV, 20.